

queños chinos expuestos á la muerte por sus padres y á quienes se procura así la gracia del bautismo. Sabido es que una de las más bellas obras del catolicismo, la de la Propaganda de la fé, se sostiene también con el sueldo que todas las semanas dan los miembros de la Asociación, y que este sueldo semanal produce millones que permiten á los misioneros predicar el Evangelio á los países paganos ó herejes.

La beneficencia alivia la miseria; el trabajo puede evitarla. La Francia, en donde se acostumbra descansar sobre la iniciativa del Estado, el gobierno reanimó el trabajo general dando el ejemplo y desarrollando las obras públicas. La actividad del segundo imperio se parece bajo este punto de vista al primero. Inmensos trabajos han sido ejecutados en París, el cual ha sido casi completamente renovado: conclusión del Louvre, apertura de nuevas calles, creación de muchos bulevares, transformación del bosque de Boloña y de Vincennes, *squares* ó jardines en todos los barrios, canal de San Martín abovedado y cambiado en bulevar plantado de árboles (bulevar Richard-Lenvir), construcción de mercados centrales, construcción de hospicios y de iglesias, reconstrucción de muchos teatros, reedificación ó construcción de puentes nuevos, edificación de muchos cuarteles, establecimiento de un gran número de fuentes, organización de una maravillosa red de alcantarillas subterráneas que rivalizan con las de la antigua Roma, ensanche de París hasta las fortificaciones, derivación de las aguas del Dhuys, que aumenta la cantidad de agua de que París puede disponer (1835), camino de hierro de circunvalación, etc., tales son las principales obras que han embellecido y saneado la capital, que ha llegado á ser el punto de reunión de todos los extranjeros. Las demás grandes ciudades de Francia han seguido el ejemplo de la capital: Lyon, Marsella, Burdeos, Ruan, y pronto después de ellas las ciudades de segundo y de tercer orden han entrado en el movimiento. En toda la superficie del país se ejecutan grandes trabajos; se hacen nuevas construcciones, se restauran antiguos monumentos. En París, Nuestra Señora, la Santa Capilla, San Estéban del Monte, San Gervasio, San German de los Prados, el hotel de Cluny han recobrado su antiguo aspecto, y la iglesia

de Santa Clotilde ha sido terminada. La iglesia de San Dionisio, el castillo de San German, el anfiteatro de Nimes, las arenas de Arlés, el castillo de Blois, el de Pierrefonds, cerca de Compiègne, el castillete de Concy, la catedral de Laon y un gran número de iglesias, el palacio ducal de Nancy, la sala sinodal de Sens, los baluartes de Aviñon, etc., justifican esta frase de la «Exposición de la situación del imperio en 1863.» Por do quiera, los trabajos del arte han recibido un nuevo impulso, y la Francia puede con orgullo mostrar sus riquezas arqueológicas profusamente diseminadas sobre el suelo nacional y ofreciéndose en todas partes á la admiración de los extranjeros.

Las grandes vías de comunicación no son ménos objeto de la solicitud del gobierno; 556 leguas de carreteras imperiales han sido nuevamente construidas; los caminos vecinales han sido multiplicados en virtud de la ley de 22 de Mayo de 1836, y por medio de abundantes abonos del presupuesto se mejora el curso de los riachuelos, se hacen nuevos canales, ensanchase considerablemente el puerto de Marsella, ejecútanse grandes trabajos en los puertos de Dunkerque, del Havre, de Dieppe, de Brest, de Saint-Malo, de Saint-Nazaire y de Burdeos; el puerto de Cherburgo ha visto acabar en 1853 el dique proyectado por Vauban, empezado en 1783, abandonado durante la revolución, nuevamente emprendido en tiempo del primer imperio y otra vez dejado bajo la restauración; en 1858 ha sido inaugurado un nuevo muelle en este puerto, que ha llegado á ser uno de los más hermosos puertos militares del mundo. También ha continuado mejorándose el alumbrado de las costas; hoy se cuentan 43 faros de primer orden, 5 de segundo, 35 de tercero, 5 fuegos flotantes y 168 fanales ó fuegos de puerto. La flota se transforma al mismo tiempo, según las necesidades creadas por las nuevas invenciones; 244 millones han sido destinados á transformar los buques de vela en navíos de vapor, y se hacen continuos ensayos para hacer á los buques á la vez más sólidos y más fáciles de manejar.

Los caminos de hierro son los que han provocado más obras. En 1842 no había concedidos más que 2.987 kilómetros; en 1852 había 6.081 y á fines de 1863 llegaron á 20.392, se

decir, más de cinco mil leguas, tres mil de las cuales estaban en explotación. Terminadas todas las líneas de primer orden, emprendiéronse las secundarias que de aquéllas se desprenden; una ley votada en 1865 va á hacer empezar la ejecución de lo que se llama caminos de hierro vecinales. Seis grandes compañías, del Norte, del Este, del Oeste, del Mediodía, de Orleans y de Lyon se distribuyen esta explotación inmensa y disponen de cerca de 4 millones de francos. El número anual de viajeros se calcula en 60 millones; los ingresos totales, tanto por el transporte de viajeros como de las mercancías fueron en 1859, de 387.582.239 francos. La red actualmente concedida, una vez terminada, habrá costado cerca de 9.000 millones, cifra que indica la grandeza de los trabajos ejecutados para allanar los caminos, horadar las montañas, poner los rails, confeccionar las máquinas, construir viaductos, puentes, etc.

El telégrafo eléctrico ha corrido parejas con los caminos de hierro, y las tarifas de los despachos privados son accesibles á todas las fortunas. Las líneas recorridas por los hilos telegráficos eran, á fines de 1863, unos 30.000 kilómetros, habiendo 100.000 kilómetros ó 25.000 leguas de alambre. Un telégrafo submarino une á Francia con Inglaterra, y se piensa en el establecimiento de un telégrafo transatlántico, que hará concurrencia al que existe entre Irlanda y Terranova.

La multiplicación de las vías de comunicación favorece á la agricultura, permitiéndola transportar más fácilmente sus productos, desarrollando la industria que se aplica á sus producciones y al comercio, que vive á la vez del cambio de las primeras materias y de su elaboración por la industria. Un decreto de 15 de Marzo de 1852 reorganizó el Consejo general de agricultura, creado en 1821, é instituyó en todos los distritos Cámaras consultivas compuestas de tantos miembros como cantones tuviera el distrito. Las exposiciones agrícolas excitaron una feliz emulación; mantúvose la que todos los años se celebra en Poissy para los animales de carnicería; hubo en Versalles en 1850 y en París en 1855 y 1856, exposiciones de un carácter más general, que dieron un nuevo impulso á la cria de ganados. La Francia se hallaba

dividida en doce regiones agrícolas, cada una de las cuales tiene su exposición anual; los comicios agrícolas, que son asociaciones libres y cuyo número se elevaba á cerca de 750, en 1863 multiplicaban también las exposiciones. Créese el crédito territorial para ayudar á la agricultura; pero cuando se apercibió de que la propiedad urbana era la que casi exclusivamente se aprovechaba de él, se creó el crédito agrícola (ley de 28 de Julio de 1860) para prestar sin hipoteca y á plazos cortos á los agricultores ménos acomodados, lo cual era dar un terrible golpe á la usura que corroe los campos. Un decreto de 30 de Diciembre de 1858 autorizó la Caja general de asistencias mútuas agrícolas, que tiene por objeto formar y gestionar los seguros mútuos y á cotizaciones fijas contra el hielo, el granizo, las inundaciones, la mortalidad de los rebaños y los incendios; esta Caja, desarrollando el sistema de los seguros agrícolas, ha prestado grandes servicios.

La agricultura se aprovechó de la ley de 10 de Junio de 1854 sobre rastrojo, de la de 18 de Julio de 1856 que ha autorizado al Estado para adelantar, por vía de préstamo, una suma de 100 millones para las empresas de rastrojo, de la ley de 4 de Mayo de 1858 que destinaba una cantidad de 20 millones para poner á las ciudades al abrigo de las inundaciones; finalmente, algunas medidas tomadas para la plantación de árboles en las montañas, formación de céspedes en los terrenos en pendiente, para poblar de árboles las llanuras de Gascuña y para el saneamiento y perfilación de la Sologne. A fines del año 1863 más de 45.000 hectáreas de dunas habían sido cambiadas en bosques y se contaban más de 25.000 hectáreas de terrenos nuevamente plantados de árboles. En 1860 los municipios poseían todavía á título de propietarios cerca de cinco millones de hectáreas, de las cuales, al ménos la mitad, consistía en bosques, tierras de labor, prados y viñas; el resto se componía de pantanos, tierras infructíferas, eriales, matorrales y pastos. El cuerpo legislativo votó una ley para obligar á los municipios á labrar ó vender las tierras incultas aumentando así la venta general. Finalmente, en 1867 se hizo en todo el imperio un vasto interrogatorio para escuchar las observaciones de los agricultores, y llegar á to-

mar las medidas capaces de poner remedio á los males de que se resiente la agricultura.

No menor impulso se dió á la industria y á las artes; las grandes obras públicas, la restauración de los monumentos procuran lucrativas ocupaciones á los industriales y artistas; la música tiene los teatros, la pintura los palacios, los castillos y las iglesias; la escultura tiene igualmente los palacios y las iglesias, las plazas y los jardines públicos; estas dos últimas artes, han tenido además, sin contar las exposiciones anuales y especiales de Francia, las exposiciones universales de 1855 y de 1867. La primera, reunió de todos los países los más bellos productos de la industria y de la agricultura en un inmenso palacio expresamente construido. La Inglaterra había dado ejemplo en 1851; la Francia la siguió á pesar de las dificultades de guerra que entonces sostenía contra la Rusia, y más de veinte mil expositores acudieron á su llamamiento. La segunda exposición universal de Francia sobrepusó á las anteriores en extensión y en magnificencia; tuvo lugar en 1867, en el campo de Marte, transformado por este motivo en una ciudad de hadas, compuesta de un inmenso palacio, capillas, mezquita, kioskos y maravillosos jardines, etc.

Las instituciones de crédito vinieron á ayudar á este inmenso movimiento. Desde el año 1848 había sido establecida una oficina de descuento para servir de intermediario entre el comercio y el banco de Francia; un decreto del 23 de Julio de 1853 reorganizó este establecimiento. Ya hemos hablado del crédito territorial, del crédito agrícola y de la Sociedad del príncipe imperial. La sociedad del crédito mobiliario, autorizada por decreto de 10 de Noviembre de 1852, se propuso por objeto adquirir efectos públicos, acciones ú obligaciones en diferentes empresas industriales, prestar sobre efectos públicos, abrir créditos, etc.; más exclusivamente financiera que las anteriores, tiene el inconveniente de prestarse más al espíritu de especulación, si bien es preciso reconocer que ha contribuido mucho á dar en Europa un vivo impulso á la industria. El banco de Francia, cuyo privilegio ha sido prorogado hasta 1857, ha recibido algunas modificaciones: la ley de 29 de Mayo de 1857 le ha autorizado para hacer

anticipos sobre las obligaciones emitidas por el crédito territorial para emitir billetes de 50 francos, y elevar, según las circunstancias, la tasa de su descuento sobre el 6 por 100; en los departamentos han sido establecidas muchas sucursales.

Habiendo sido muy corta la cosecha de 1853, el precio del pan se elevó de una manera considerable. Para obviar este inconveniente se creó en París en 1854 una caja de panadería que tenía por objeto hacer á los panaderos los anticipos necesarios para que en los años de carestía pudieran dar el pan á una cuota ménos elevada que su precio natural, con la condición de hacerle pagar algo más caro en los años de abundancia, á fin de reembolsarse de los anticipos hechos por la caja. Esta adelantó á los panaderos desde 1854 á 1856 más de 53 millones de francos, que en gran parte habían entrado en 1863, en cuya época se proclamó la libertad de la panadería. La creación de esta caja, la suspensión de la escala móvil, suspensión que permitía al comercio y á la industria privada surtir de provisiones al país, y finalmente, la rebaja de las tarifas de transportes permitieron al país atravesar, no sin sufrimiento, pero al ménos sin experimentar los horrores del hambre los años 1853, 1855 y 1856, durante los cuales las cosechas fueron muy escasas y presentaron enormes déficit, pues el de 1853 fué de 10 millones de hectólitros, y de 7 millones el de 1855. La Francia tenía, durante este tiempo, que sostener la carga de una gran guerra, á la cual en 1854 se agregaron la de una nueva epidemia de cólera, y en 1856 unas inundaciones que devastaron los valles del Ródano, del Saona, del Loira y del Allier.

Una primera conversión de rentas había tenido lugar en 1852, y la segunda en 1862 bajo los auspicios de M. Fould, ministro de Hacienda, con el triple objeto de hacer economías en favor del tesoro, suministrarle fondos y unificar la deuda reduciendo todas las rentas al interés de 3 por 100. La operación dió en parte buenos resultados, pero quedan todavía algunas rentas al 4 1/2 por 100 que sin duda serán convertidas más tarde. Un nuevo sistema de empréstitos inaugurado en 1854 ha aumentado considerablemente el número de los rentistas del Estado: en lugar de dirigirse, como hasta

entonces había venido sucediendo, á los grandes capitalistas y á los ricos banqueros, que suscribían el empréstito y le repartían después entre los suscritores del segundo grado, cogiéndoles una prima, el gobierno se dirigió directamente al público. Para el primer empréstito de 250 millones, cuando la guerra de Crimea (Marzo de 1854), se presentaron 99.224 suscritores y 460 millones de suscripciones, y en el segundo de 500 millones (Setiembre de 1854), hubo más de 800 millones de suscripciones. El empréstito del mes de Julio de 1855 era de 750 millones, y hubo 3.652 millones de suscritos. En 1859, en el momento de la guerra de Italia, el Estado hizo un empréstito de 500 millones y las suscripciones se elevaron á 2.500 millones. El último empréstito de 300 millones, autorizado por la ley de 30 de Diciembre de 1863, tuvo más de dos mil millones de suscripciones. Se había operado en el crédito público una completa revolución: la facilidad con que el Estado encontraba el dinero que necesitaba era una prueba de los recursos de Francia; pero los hombres sabios no se han cansado de repetir que no vendría abusar de ella.

Inmediatamente después de la campaña de Italia el emperador se ocupó seriamente de introducir algunas modificaciones en el régimen comercial. Los dos sistemas opuestos del libre-cambio y de la protección se disputaban siempre el terreno; fueran las que quisieran las razones que más convencieron al gobierno imperial, razones á las cuales puede agregarse el deseo de fortalecer la alianza inglesa, lo cierto es que el emperador se inclinó hacia el lado del libre-cambio. M. Cobden, que tanto había contribuido al triunfo del libre-cambio en Inglaterra, y Miguel Bhevalier prepararon el tratado de comercio; una carta dirigida el 5 de Enero de 1860 al ministro de Estado por Napoleón III, anunció la resolución que había tomado; el tratado fué negociado por lord Cowley, embajador de Inglaterra en París, y por los señores Baroche y Rohuer, quedando firmado el 23 de Enero. El Senado y el Cuerpo legislativo, cuya mayoría se mostraba poco favorable á los nuevos principios, reconocieron que el jefe del Estado no había hecho sino usar de su prerogativa y le secundaron en las medidas que se habían de tomar para el cumplimiento del tratado.

Por el tratado de 23 de Enero de 1860, la Inglaterra se comprometía á admitir franco de todo derecho los objetos manufacturados, tales como los tejidos de seda, joyería, bisutería, artículos llamados *de Paris*, como bronceos, modas, guantería, mercería, flores artificiales; rebajaba inmediatamente los derechos percibidos sobre los vinos franceses, y debía, dentro de un plazo señalado, no imponer á estos vinos, á los papeles y aguardientes franceses más que los derechos fiscales impuestos á los productos similares del país. La Francia se obligaba por su parte á levantar las prohibiciones sobre los objetos de origen ó de fabricación británica, como azúcar refinada, hierro fundido, productos químicos, extractos de madera de tinte, aceros, máquinas, coches, etc., sustituyendo á las prohibiciones unos derechos cuyo máximo sería al principio de 30 por 100 del valor de los objetos y de 25 por 100 solamente á contar desde el 1.º de Octubre de 1864. En cuanto á los artículos cuya importación no estaba prohibida como la hulla y el cok, los hierros, ciertas clases de aceros, las obras de metal, las máquinas é instrumentos, los tejidos de lino y de cáñamo, etc., las tarifas de importación fueron considerablemente rebajadas. Las disposiciones del tratado eran también extensivas á la Argelia: ha sido celebrado por diez años, al cabo de los cuales continuará indefinidamente estando en vigor, mientras no le denuncie una de las dos partes contratantes, en cuyo caso los efectos del tratado cesarían un año después de esta modificación.

Muchas medidas vinieron á completar la reforma comercial en el sentido de la libertad de cambio. Tratados análogos al que acababa de firmarse con Inglaterra, fueron celebrados con Bélgica, Italia, Turquía y otros países. La escala móvil que se aplicaba á los cereales, fué definitivamente suprimida (2 de Mayo de 1861) y sustituida por un simple derecho de 50 céntimos por quintal métrico de trigo que se importara; la cebada, el maíz, la avena, el sarraceno y el centeno, quedaron exceptuados de todo derecho de importación. Las colonias, que hasta entonces no podían comerciar sino en la metrópoli, podían en lo sucesivo comerciar libremente con el extranjero. La carnicería fué un comercio libre (24 de Febrero de 1858); la panadería, que